

Cabeza de exiliado

Benigno Nieto

CUATRO AÑOS ANTES, MATÍAS VIAJÓ A MIAMI DECIDIDO A CONOCER AL DUEÑO DE esa cabeza. El hombre tenía la quijada recia, las mejillas caídas como por zarzapos; una boca amarga y sensual con el cigarrillo; mientras se acercaba, los ojos del hombre lo examinaron. Matías lo identificó por la foto y le sonrió. Entonces el hombre se le acercó con la mano extendida y una sonrisa de bienvenida. Era él, Darío Bordao, pero no encajaba en lo imaginado. La nariz grandota, los ojos inteligentes y la singular cabeza, estaban pegados por un cuello largo a un cuerpo pequeño y magro. Matías no ocultó su sorpresa.

—Por la foto imaginé que eras más alto.

Darío Bordao lo observó con un brillo divertido.

—Eres la segunda persona que lo dice. Lo siento.

Tenía una voz bien timbrada, grata el oído; una voz cálida, a ratos impaciente, irritable. Al final, después de cenar y compartir por una hora, la sorpresa fue para Darío Bordao. Cuando acompañó a Matías hasta el auto nuevo estacionado frente al periódico, hizo un gesto de aprobación.

—Bonito carro. ¿Dónde lo alquilaste?

—No es alquilado, lo compré para mis estancias en Miami.

—¡Coño, entonces tú eres rico! —se escandalizó Darío.

Con su reacción, mostró dos cosas: velocidad de deducción y el desprecio del intelectual por el mercachifle. Matías aceptó con una sonrisa irónica.

—Perdóname ésa. Nadie es perfecto.

La amistad se inició de esa forma: con humor, sorpresas y simpatía mutua. Ya por aquellos años, a principios de los noventa, Darío Bordao había publicado tres libros, con los que conquistó premios y un pequeño círculo de lectores y admiradores. Atrás había quedado el duro aprendizaje del exilio: los oficios de peón, de obrero en frigoríficos, de empleado de oficinas de mala muerte, ganando el salario por horas del capitalismo, aquellos primeros años frenéticos, rodando en la embriaguez del primer auto, la tarjeta de crédito, los barrios de inmigrantes con sus crímenes, sexo y droga, en fin, la iniciación de un marielito en Miami. Cuando Matías lo conoció, ya se había mudado a una zona más tranquila en Kendall Lakes, tenía un trabajo bien remunerado en un periódico en inglés que editaba un suplemento en castellano, cuyo director apreciaba su laboriosidad, erudición y decencia.

—Darío, ¿por qué no escribes algo para la *Página*?

—Gracias. Quizá más adelante —se excusaba.

El prestigio vulgar del diario no tentaba su vanidad. Él se reservaba para cotos de mayor trascendencia: «su obra»; ella lo vindicaría de quienes lo habían injuriado y perseguido en su patria. Por ahora, se conformaba con la buena crítica, el aplauso de los amigos, el creciente interés de los amantes de las letras y de los exiliados de visita en Miami que lo llamaban para demostrarle su consideración. En fin, el minoritario «éxito de estima» que tanto valoran los franceses.

Su editor, un librero de Miami que luchaba y sudaba por promover la literatura cubana, apenado con Darío, se lamentaba: «Aquí uno publica, y no pasa nada». Se refería a la apatía del exilio por la buena literatura. Obsesionados por el dólar y la política, la mayoría de los cubanos renovaban su indiferencia, cuando no su desprecio, por poetas y novelistas. En fin, las exiguas ediciones de Miami no se vendían ni a la mitad y si cruzaban la frontera lo hacían en la maleta de algún viajero.

Así fue como Matías, un viajero procedente de Caracas, se transformó en un devoto lector de Darío Bordao. Ya antes de conocer a Darío, había comprado y regalado sus libros. En un ejercicio de admiración, afirmaba que Darío era el mejor cuentista cubano. El ditirambo motivó que un antólogo afrancesado, también de visita en Miami, se molestara con Matías, por lo que debió considerar una agresión a su sabiduría académica. El hecho ocurrió en la Librería Universal. El antólogo se enfrentó a Matías con un mohín despectivo, lo descalificó usando su jerga de profesor y opuso el nombre de un cuentista cubano, ya difunto, al de Darío Bordao.

Matías le replicó con una carcajada brutal.

—¡Por favor, eso es lirismo antillano! Bordao desnuda la mirada humana; por su densidad a veces me recuerda a Raymond Carver; y en lo patético a Calvert Casey. Darío Bordao es lo mejor en cien años.

Matías disfrutó la perplejidad y la irritación del antólogo de voz atiplada; él gozaba utilizando la obra de Darío Bordao para vengarse del rebaño de escritores al que, sin saberlo, pertenecía.



Hoy, cuatro años después, sentado en el restaurán donde solían reunirse, Matías le otorgaba a Darío el dudoso privilegio de confesarle las claves de la novela que emborronaba con minuciosa torpeza.

—En esta novela yo hago como Bergman: para poder juzgar, juzgo al personaje que me encarna con ensañamiento, lo obligo a confesar sus crímenes y aun sus sueños más obscenos.

Darío aceptó, con un gesto, que así debía ser.

—No tiene nada de raro, Matías. Las confesiones más terribles y lacerantes definen a todo novelista auténtico, a éstos para quienes la literatura no es un oficio, sino la búsqueda de «su verdad» —Darío pintó con los dedos las comillas en el aire.

—No siempre ha sido así. Hemingway solía pintarse como el duro héroe de sus relatos y Hemingway ha sido uno de los grandes.

—No creas, él se tiró basura encima. Pero ya Hemingway ha dejado de interesarme —Darío desechó a papá Hemingway con una mueca.

Matías no se dio por vencido y volvió a la carga.

—Kundera dice que algunos escriben para corregir las páginas erróneas de su vida. Ahí tienes *La página extraviada*, una novela que me deslumbró; para mi gusto una de las mejores de esta década, pero en ella sucede todo lo contrario a lo que pasó en la verdadera historia. En esa novela se enmienda el pasado: en la vida real esos personajes fueron unos serviles colaboradores del régimen, con talento, sí pero sin el heroísmo intelectual que el autor les atribuye.

Darío aceptó con un gesto de tristeza.

—Todos reescribimos nuestra vida, Matías. Para mí es una satisfacción que esa gente de mi generación, nos dé la razón. ¡Tú no sabes lo que significa para mí oírles confesar, al fin, su arrepentimiento o su vergüenza!

—¡Tú no conoces a esos cabrones! Lo calculan todo en función de su poder y de su imagen personal. Van acomodando su posición con la brújula de los tiempos. Cuando el barco se hunde, lo abandonan huyendo como ratas, pero nadando siempre hacia la playa «correcta», es decir, a la más oportuna y beneficiosa.

—Te entiendo, pero lo que importa es la obra, Matías. *La página extraviada* sobrevivirá. La obra, si es genuina, trascenderá la posición política de su autor. Acuérdate de Cellini y de Ezra Pound.

—No creas. Sobre Cellini pesa el desprecio. Y el final de Ezra no pudo ser más patético. Cuando poco antes de su muerte, Allen Ginsberg viajó a Italia a rendirle tributo al poeta, el viejo se negó al homenaje: «Yo no he sido más que un cretino», dijo.

Sucedía en sus conversaciones que Darío asumiera la serenidad y Matías, la violencia verbal. Estaban en aquel restaurán, el más cercano al periódico, situado en la azotea de un edificio con vista a la Bahía de Biscayne. Cuando Matías lo llamó por teléfono y le explicó que quería conocerlo, Darío aceptó. Que un oscuro poeta exiliado en Venezuela, quince años mayor, se entusiasmará por su obra, debió halagar su vanidad. Darío lo citó frente al periódico, un inmenso edificio de columnas y escaleras monumentales que se erguía en solitario, y cuya arquitectura era un paradigma del mal gusto. Desde entonces, cada vez que se citaban, Matías se estacionaba entre decenas de autos al otro lado de la calle y lo esperaba frente al periódico en la acera desierta, con todo el cielo y los raudos pájaros del atardecer ante sus ojos.

Matías admiraba el talento literario de Darío y le habría gustado liberarlo, al menos durante unos meses, de la necesidad de ganarse la vida, quizás con «una bolsa de trabajo» (esa anticuada expresión que utilizara, en una ocasión, para no herir la dignidad de un amigo). Sin embargo, ya antes Matías había ayudado a otros con resultados desastrosos. La amistad se envilecía paulatinamente hasta el punto que la espontaneidad, el afecto y la alegría de compartir juntos quedaba relegada al vínculo grotesco entre el Poder y la Necesidad.

Matías se juró a sí mismo cancelar sus arranques de altruismo persuadido de que toda dependencia económica parece condenada a una relación degradante, como la del chulo y la puta.

En el restaurán, Matías pedía whisky, pero Darío insistía en el vaso de agua. Unos años atrás, Darío había renunciado a las drogas y al alcohol, no aceptaba siquiera una cerveza, y a Matías le irritaba su terca abstinencia. Una tarde, después de ordenar su whisky a la camarera, se volteó con malignidad.

—¿Te pido un «agua bendita» en las rocas?

Darío sonrió indulgente. Pertenecía a Alcohólicos Anónimos, adonde iba una noche por semana, antes en busca de ayuda, y desde hacía unos años para darla, y sabía que los bebedores contemplan al abstemio con rencor. «Nada irrita tanto como la virtud», le habría contestado a Matías, pero prefirió sonreír.

Por lo general, Matías esperaba sólo unos minutos frente al periódico. Pero un domingo, Darío se demoró más de media hora. Cuando al fin apareció en la acera, se disculpó por haberse hecho esperar. Matías aceptó sus disculpas con una sonrisa socarrona y se encogió de hombros.

—Cuando yo tenga un admirador, también lo haré esperar.

—¡No jodas más con eso, mi hermano! —se rió Darío

—Acuérdate que tengo derechos sobre ti, que la admiración es una fórmula velada del despotismo —lo amenazó él con el dedo.

Con esas burlas risueñas, Matías pretendía anular cualquier asomo de adulación. En contraste, a espaldas de Darío se transformaba en el promotor de su imagen. En Madrid y en Caracas lo repetía en cada reunión: «él vive como un monje de la literatura, dedicado en cuerpo y alma a escribir y a cuidar de su madre, Darío desprecia la fama y la vanidad mundana», y con un relumbrón de malicia, añadía: «Ha renunciado al amor, sea con hombre o mujer.

Al volver a Miami, en el invierno de 1998, Matías se encontró a Darío en una crisis depresiva. Su voz le sonó exasperada, y tuvo la impresión de que accedió de mala gana a la cita de costumbre. «Estoy muy mal Matías», la voz le advirtió por teléfono.

Anochece cuando Matías llegó frente al periódico y estacionó su auto. Luego esperó haciendo ejercicios a lo largo de la ancha acera, movió los brazos, y trotó pateando una pelota invisible. De lejos parecía un extravagante. No le importaba: había descubierto que los juegos imaginarios de su niñez lo relajaban. Al rato, Darío salió del periódico cabizbajo, con las manos hundidas en los bolsillos. Otras veces, cuando de lejos divisaba a Matías haciendo el payaso, una risa infantil de regocijo iluminaba su rostro. Esta noche no, esta noche se le acercó con una mueca de malhumor.

—¡Me siento muy mal, Matías! —gritó a modo de saludo—. ¡No me sopor- to a mí mismo! Así que disculpa mi mal humor.

—¿Pero qué te pasa? ¡Manifiéstate, para que te conozca, como decía Gracián! —bromeó Matías, contento de ver a su amigo.

—Mira, que hoy no estoy para «gracias». ¡Estoy muy jodido, Matías! ¡Con ansias de cometer una barbaridad! —gritó, amenazador.

Y agitó unos dedos crispados en el aire, luego hundió ambas manos en los bolsillos del pantalón y caminó disparado, cabizbajo, rumiando su desesperación. Matías tuvo que apurar el paso. Darío se paró de repente para prender un nuevo cigarrillo, la llama rojiza iluminó fugazmente sus facciones crispadas, después arrancó otra vez, ahora fumando. Quizá Darío habría preferido estar solo con sus cigarrillos, a soportar compañía alguna esa noche, pensó Matías, pero no se dio por vencido.

—¿Coño, qué te pasa? ¡Desembucha!

Darío le gritó que había estado a punto de buscar una botella, agarrar una borrachera y de «¡mandarlo todo al carajo!».

—¿Tan jodido estás?

—No tienes ni idea, Matías.

Entraron en el lujoso edificio, atravesaron el *hall* con sus reflejos de bronce y de mármol y subieron en uno de los ostentosos ascensores. En la azotea, se sentaron en la terraza techada de aquel restaurán-cafetería americano, bullicioso a la hora del *lunch* los días de trabajo y medio vacío en las noches y los fines de semana. Un buen sitio para cenar y conversar con tranquilidad.

Matías había conocido a Darío en momentos en que éste vivía en un estado de serenidad y hoy lo veía transformado en uno de los personajes desgarrados que habitaban sus relatos. Supuso que sería por la madre, una anciana con la razón perturbada. Cuando el éxodo de Mariel, Darío se la trajo en la lancha atestada de cuerpos, a punto de zozobrar en el Estrecho de la Florida, en una travesía alucinante desde el horror hacia la esperanza. Desde entonces, jamás se había separado de ella, y ahora se negaba, a pesar de los consejos, a recluirla en una de las instituciones donde estaría, si no rodeada de amor, al menos atendida con decoro. Matías le había recomendado que así lo hiciera, usando de ejemplo algunas experiencias favorables. De sólo oír esta proposición, Darío se irritó, negado a lo que consideraba una cobardía.

—¡No Matías, no! ¡Yo no puedo hacer eso a mi madre! ¡Así que, por favor, no me hables más de esas malditas instituciones! ¡Las conozco demasiado bien!

Matías no insistió. Creía que Darío era injusto consigo mismo: esa madre pesaba como una losa sobre su vida y frustraba cualquier relación sentimental de pareja, incluso hubo una mujer cerca. Aunque Matías dudaba. ¿No sería la madre la excusa para perpetuar un celibato protector de su *ego*? Toda renuncia que excediera lo tolerable era, para un descreído como Matías, sospecha. Por otra parte, ¿quién podía censurar su abnegación de hijo? Pero esa noche Darío le preocupaba.

—¿Se ha agravado tu madre?

Darío contrajo el rostro, agitó negativamente la mano en el aire, y después vociferó exasperado.

—¡No es sólo eso, ella está igual!

—¿Entonces, qué es?

—¡Es mi maldita vida, ella también!

—¿Se ha empeorado?

—¡No! ¡Es todo! ¡Todo, Matías! ¡Mi vida hecha pedazos!

En aquel momento la camarera vino por la orden y los interrumpió. Cuando se marchó, Matías continuó con sus preguntas.

—¿Qué te ocurre, entonces? ¿Tu viaje a Cuba?

Darío desvió la mirada, buscando un asidero invisible en la noche, luego regresó a la cara de Matías, y respondió exasperado.

—¡Todo, Matías! Mi familia de allá, mi situación, mi padre, mi hermana. Él, sobre todo. ¿No entiendes? Yo tengo necesidad de volver a Cuba. ¡Tengo que aclarar lo que pasó con mi padre, saber la maldita verdad!

El tumor había reventado. Ahora Matías esperó, dispuesto a escuchar, a sabiendas que Darío le confesaría sin necesidad de más preguntas.

—Yo tengo que volver a Cuba. Quizás no fue lo que parecía. Hubo una carta que mi padre escribió y que se perdió —Darío chupó con avidez otra bocanada de humo, tratando de poner en orden su mente vertiginosa—: Mi tía consideró que ya era tarde, que él estaba casado con otra mujer y nada se podía enmendar. ¿Entiendes? Para mí todo esto es muy importante. Mi vida envuelta siempre en el misterio, como una mala novela. Quizá, la maldita cosa pudo ser diferente.

Darío no exageraba su novelesco entorno familiar. Cuando se enteró que en Miami vivía un hermano desconocido, un ingeniero exiliado hijo legítimo de su padre, lo llamó por teléfono: «para conocernos», le dijo, y compartir «el misterio, o la desgracia, de tener padre». Pero el hermano, un exiliado herido por la ruptura con el padre comunista, se negó a verlo. Brutalmente le replicó a Darío que, aunque sabía de su existencia, «por ahora, no tenía interés en conocerlo». Darío tomó el rechazo de su hermano como una bofetada más a su condición de hijo ilegítimo. Pero esto aconteció cuatro años antes, y esta noche otras razones agitaban su alma.

—¡Te juro, Matías, que todo esto me tiene muy mal! ¡No puedo siquiera leer! —dijo, y, como para explicar mejor estado de ánimo, le gritó— ¡Llevo seis meses que no puedo escribir una maldita frase! ¿Entiendes?

Lo entendía. ¡Seis meses sin escribir, aquello sí era fatal! ¿Cómo era posible que la aparición de ese padre le provocara semejante «crisis»? Darío no fue nunca el joven mimado, sino un artista endurecido por el abandono, la cárcel, las sanciones políticas.

Matías lo miró conmovido, sin saber qué decir. De súbito, a su mente vino el consejo de otro escritor: —Acuérdate de lo que dijo André Gide: «Nada es más peligroso para tu libertad, y para tu arte, que tu familia...».

Darío lo interrumpió con ferocidad.

—¡A mí me importa un carajo la literatura! —gritó—. ¡Tú no me conoces bien! ¡En última instancia yo me cago en mis libros! ¿Para mí, las personas son mil veces más importantes que la maldita literatura!

Su ferocidad lo tomó por sorpresa. Temió que Darío se levantara de la mesa y se largara. Debía estar muy jodido para renegar de lo que más amaba: su literatura. Y no es que Darío viviera para escribir: si aún estaba vivo era gracias

a la comunión visceral con su obra. Más que ningún otro escritor que hubiese conocido antes, «su obra» era para Darío Bordao el sustento y la razón de su existencia.



Matías también «sabía» de esos viajes al pasado. Si para un cubano común, volver a la tierra entrañable de donde huyó, como «gusano», o como «escoria» (la injuria variaba según la década), se transformaba en una vivencia estremecedora, en el caso de Darío debió serlo aún más. Para colmo, aquel viaje a Cuba propició un acercamiento al hombre que lo engendró y le sirvió para conocer a su media hermana, esa mujer en la que Darío reconoció, perplejo, su propio rostro. Y ahora aquel padre se interesaba, o había accedido, a un encuentro con ese hijo abandonado. Una reunión que sería el reconocimiento de su paternidad. Aquel viaje se había transformado, de hecho, en una cita con un fantasma: «él», el ausente innominado de uno de sus relatos más hermosos. ¿Cuántas veces habría imaginado «el rostro del hombre» que lo engendró? ¿O cuántas añoró su sonrisa, sus manos, o su voz? ¿Cuántas odió, soñó o maldijo a ese padre?

Matías sabía de esos viajes de dolor. Tenía una sobrina que luego de sólo cinco años de ausencia (salió en el 93), fue a ver a su familia y volvió llorando. Matías sabía cómo el regreso a la patria y a la familia estremecía el corazón, a menos que uno sea un extranjero y contemple las ruinas de su Habana querida como un escenario exótico, y únicamente perciba el erotismo y la gracia, el hechizo de esos cuerpos bruñidos, la desgarrada alegría, tan engañosa como la risa de los mendigos. Matías profesaba el desprecio contra esos adoradores de la estética de la indigencia, que hacen preguntas y toman fotos de las playas y el sol, sin entender nada. Nada.

Y en aquel escenario conmovedor de por sí, en ese viaje en la máquina del tiempo, Darío se había acercado a su padre. No quiso indagar cómo se originó el acercamiento, pero Matías suponía que lo inició quizá la hermana o una tía (porque Darío ya no era «un escoria» ni una vergüenza, sino un escritor famoso). O quizá una carta, como tantas otras cartas sorpresivas, luego de décadas de olvido. Matías conocía de cartas parecidas que se abrían en Miami y se leían entre el estupor y el dolor. Por eso se decidió a hablar, no porque Darío no supiera, sino para refrescarle la memoria.

—Escúchame, Darío..., por favor.

Darío volteó a un lado la mirada, como si la cara y la voz de Matías le resultaran insoportables. Pero Matías continuó con amargura.

—Yo también he vivido esa trampa. La madre, el hermano, los amigos de la juventud, la familia que se reconcilia y se reunifica. La obsesión de llevarles la felicidad como un regalo de cumpleaños.

Darío escuchaba sin mirarlo y él siguió machacando en la herida:

—Yo he visto a gente enloquecida después de su primer viaje. Les entra una fiebre, un orgasmo lírico que los libera del dolor y el odio. Tengo amigos

que han perdido sus ahorros, que han hipotecado sus casas, en su desesperación por ayudar a su parentela en Cuba. Sé de matrimonios que se han divorciado. Tengo un amigo que se arruinó. Es algo visceral. Una obsesión por ayudarlos que, incluso, ha propiciado un chantaje de la familia de allá explotando esos sentimientos. Además, sentimos el orgullo y la vanidad del éxito, de haber tenido la razón cuando nos fuimos del exilio.

Darío lo escuchó impaciente. ¿Qué sabía de su vida aquel viejo idiota? ¿Cómo podría jamás entender? Pero la voz de Matías siguió con su amargo sermón.

—Así es, Darío. Después de años, la familia descubre a su pariente de Miami, doblemente querido por el amor y los dólares. O el de Miami redescubre a «su gente» y la vieja herida se abre, y el cabrón dolor nos enloquece.

Darío fijó sus ojos como dos ascuas en los de Matías, como si éstas últimas palabras lo hubiesen tocado. Matías prosiguió:

—Durante años, para vivir, intentamos olvidar, de un trancazo, esa fuente de dolor: la familia, la nostalgia, los amigos. ¡Ah, cuánto los amamos y cuánto nos aman! ¡Pero la cabrona ironía es que, en muchos casos, esa gente nos negó o nos traicionó o se callaron cuando nos injuriaban y escupían! ¡Escoria! ¡Apátrida! ¡Maricón!... ¿O es que acaso ya no lo recuerdas, coño?

Ahora Darío lo escuchaba atento.

—Cuando escupieron a tu madre, cuando te vejaron en «los actos de repudio», cuando te echaron los perros en el Mariel, ¿alguna de esa gente te defendió? ¡No, qué va! Esos cobardes voltearon los ojos y se taparon los oídos. ¡Coño! ¿Lo recuerdas, o no, Darío? Entonces, ¡«ellos» no querían saber nada de ti! Peor aún, Darío: ¡ellos te habrían negado como hijo, como hermano, y como amigo!

Darío fijó en él su mirada llameante. No contestó. Pero ahora lo escuchaba; porque los escupitajos y las injurias se silencian y perdonan, pero jamás se olvidan.

La camarera se acercó con los platos de la cena. Hubo una pausa sombría. La camarera se alejó con su lindo culito y él volvió a Darío que ya devoraba su cena con rapidez. En su voracidad, la comida se le derramó por las comisuras; agarró una servilleta y se limpió los labios siempre con sus intensos ojos pendientes de Matías, que retomó su discurso ahora con cansada tristeza.

—A muchos nos ha pasado. De allá nos escriben cartas. ¡Aquí no ha pasado nada, mi hermano! Nadie tuvo la culpa. Pero eso tú sabes que no fue así. Hubo, hay aún, una montaña de cadáveres y de víctimas. Y ellos no movieron un dedo. ¡Ellos, él —enfaticó, para que Darío entendiera que se refería al padre— jamás se acordó, no se preocupó, no le importó tu vida para nada! Yo no me asombraría que la noticia de tu muerte, la tomara entonces con alivio. Como en *La metamorfosis*, cuando la familia no lo confiesa, pero al final todos respiran aliviados por la muerte de ese insecto.

Darío lucía ahora deprimido, su furia transformada en derrota. Y Matías, aprovechó para rematar con un énfasis brutal.

—¡Tú no sabes nada, Darío! ¡¡Nada!!

Esperó la reacción de Darío, miró la expresión terrible en esa cara marcada por surcos profundos, hechos por los zarpazos de la vida, una cara inmensamente triste con una poderosa mente al acecho y Matías creyó que ya había sido suficiente y, para terminar, suavizó el tono.

—Está bien que te sacrifiques por tu madre, porque ella nunca te negó ni te abandonó. Está bien que perdones a tu padre, porque el perdón es paz para tu espíritu y que lo ayudes, si puedes... —él recalcó esa condición—, a él, y también a tu hermana, si puedes... Pero no existe una sola razón para que arruines tu vida por ellos.

Darío desvió su atormentada mirada; había terminado de atragantarse (al igual que sus personajes, comía con la desesperación de quien alguna vez ha pasado hambre). Lucía devastado, con un brillo atroz en sus ojos, y él temió un exabrupto. Entonces, Darío le clavó su mirada y, como si ya no pudiese soportar más, le preguntó:

—Matías, ¿tú te suicidarías?

Lo tomó de sorpresa. Con esa pregunta Darío confesaba la solución que lo obsesionaba: ¡El suicidio! A pesar de la sorpresa, Matías no lo pensó dos veces: él había frecuentado esa obsesión y sabía la respuesta.

—¿Por qué no? Tengo antecedentes —admitió con una sonrisa melancólica— Mi abuelo y mi tío se quitaron la vida.

Darío miró a Matías y asintió, aceptando esa lógica: la de una familia de suicidas. De pronto consultó nervioso su reloj, la urgencia de la hora lo devolvió a la realidad; el tiempo se le había agotado y debía regresar a cumplir con su trabajo (los gringos, tan estrictos siempre en los horarios). Darío le hizo señas a la camarera que se demoraba en traer la cuenta. Pero Matías creyó que sería oportuno emparejar la confesión de Darío, poniendo sobre la mesa sus propias obsesiones.

—Te voy a confesar un secreto: De un tiempo a esta parte me falla la memoria, olvido nombres, incluso autores que me son muy familiares. El olvido, como una lepra, me invade lentamente —hizo una pausa, y siguió con lentitud—. Son como huecos negros en mi mente... Yo imagino que el final será así de fácil: ese hueco negro se extenderá e invadirá todo mi ser.

Había una indiferencia neutra, un frío pesimismo en la confesión de Matías, que a Darío le impresionó. Esa confesión lo remitía a recuerdos trágicos: sus tres amigos más íntimos se habían suicidado: uno, en Cuba; otro, en New York y el último en Miami. Los dos últimos dejándolo de albacea y de corrector de sus manuscritos; un mandamiento que ejecutó con fidelidad y honestidad ejemplares. En ocasiones, sentía la tentación de imitar a éstos, sus hermanos inolvidables (con este propósito, en secreto se interesó en las prácticas del Dr. Kovorkian y de otros defensores de la eutanasia). Por supuesto, Darío no apreciaba a Matías ni remotamente como a los otros, sus hermanos de Cuba y del Mariel, pero la premonición de otro suicida, lo estremeció. Así que, con un gesto tropical, anuló toda la sombría conversación.

—¡No hables mierda, Matías! ¡Que eso nos pasa a todos! Yo soy más joven que tú y a mí me pasa a cada rato —mintió.

Unos minutos después, cuando se despedían frente al periódico, Darío se mostró más relajado, incluso le agradeció la cena y la amistad con una sonrisa.

—Aunque no lo creas, Matías, después de hablar contigo, me siento mucho mejor. Gracias, mi hermano.

Lo sabía. Podía comunicarse con Darío (no siempre, no por mucho tiempo). Le estrechó la mano.

—Un escritor no debe decir «mucho mejor» —bromeó él.

—No jodas, Matías —se echó a reír Darío—, que tú, de gramática, sabes menos que yo. Además, la gramática no es mi pasión, ni la tuya.

Lo aceptó como una cortesía. Darío era un supremo detallista, cada párrafo lo tallaba como un meticuloso orfebre (la primera versión la escribía a mano en un cuaderno). En cambio, Matías se consideraba a sí mismo un indagador redundante, más chapucero aún que Javier Marías.



Para su sorpresa, en su siguiente viaje a Miami, encontró un cambio radical en Darío. Había regresado de La Habana exultando felicidad y energía. Habló con entusiasmo de la relación que había establecido con su padre, un abogado que peleó en la Sierra Maestra, un anciano terco pero encantador que lo obligó a dormir en su cama, a pesar de que Darío se negara. «Por favor, hijo mío, yo nunca te he dado nada, y no tengo nada más que ofrecerte que esta cama», le rogó el anciano. Su hermana le explicó que el viejo sabía que el comunismo había sido un fracaso, peor aún: una ignominia; pero su padre se negaba a reconocerlo, porque «de admitirlo, tendría que suicidarse».

—Por supuesto, bromeamos pero no discutimos de política.

Matías sonrió para sí, incapaz de ofender a un Darío feliz. Pero él descreía de esa impostura: de quienes no están dispuestos a reconocer el daño que han hecho, porque «tenían que suicidarse». En su opinión, el chantaje del suicidio servía para tapan una mentira con otra y no tener que pedir perdón.

Darío Bordao había regresado de Cuba con otra satisfacción: a pesar de la censura los jóvenes conocían sus relatos hasta el punto que repetían párrafos de memoria. Pero, sin duda, la mayor felicidad de Darío consistía en haberse reconciliado con su padre: había excusas, malos entendidos, una misteriosa carta (¿un destino fallido o un acto más imaginario que real?). Aún faltaba lo más gratificante: el nacimiento de un afecto y la complicidad fraternal con «el viejo», como llamaba ahora a su padre.

—Nos lanzamos pullas divertidas. Cuando acepté dormir en su cama, me mostró su librero y me dijo: «si no tienes sueño, quizás esas lecturas te ayuden». Di un vistazo: vi poca literatura y mucho marxismo. Y le dije: «Viejo, si leo eso —Darío reía feliz recordando—, me darían pesadillas».

Él se alegró por Darío. Luego de una larga orfandad de cuarenta y ocho años, la sombra del padre había dejado de ser un espectro para transformarse en carne: un ser humano inteligente y cálido. Cuando los dos se abrazaron, se produjo la catarsis. ¿Cuál fue el más conmovido? ¿El anciano o el hijo?

¡Qué bien por su amigo Darío! Nunca supuso que tener un padre, le importara tanto.

Y bruscamente, Matías tuvo una revelación. ¡Qué idiota había sido! No fue el dinero o la miseria, lo que había angustiado a Darío, sino el libro negro de su vida. Un hijo ya maduro que, de repente, debe presentarse delante de un padre mítico, un hombre que era el reverso de su imagen: un abogado comunista, un ex guerrillero, capitán de las FAR, un machazo arrogante. ¿Qué sabría de Darío? Seguramente a Darío lo atormentó su entrevista con aquel padrote. «¿Cómo me juzgará? ¿Se avergonzará de mí? ¿Me mirará con desprecio?» ¡Cuánto habría deseado llevarle, en vez del libro negro de su vida, los diplomas con las medallas y los honores, ser el hijo pródigo que inflamara el orgullo del padre: ¡Éste es mi hijo, él lleva mi sangre y mi honra!

¡Sí, toda esa mierda moral: sangre, honor y honra!

Pareciera que algún día a todos nos toca rendir cuentas de nuestra conducta ante un Tribunal Supremo, (Dios, el Arte, la Historia) que nos condenará o nos absolverá. Para Darío ese juez pudo ser su padre. ¿Y quién sabe si el padre, también, había temido que su hijo lo juzgara? ¿Quién sabe si tuvo remordimientos? Tal vez de lejos supo que Darío lo habían expulsado de la Universidad, que aquel hijo fue un *hippie*, un promiscuo sexual, encarcelado y estigmatizado como «escoria humana». Si el viejo tenía una pizca de decencia, pensaría que un padre pudo hacer la diferencia, al menos para los cánones de «su» moral. Aquel abrazo debió ser una doble catarsis. El padre y el hijo, tendiendo un puente, ansiosos los dos por perdonar y ser perdonados.

Darío había regresado feliz y vital de Cuba, había engordado diez libras, incluso se cortó los cabellos como un erizo al estilo militar, un nuevo *look* que le daba un aire más juvenil y viril. Un estilo que posiblemente sería del gusto de su padre.



Tres meses después, la felicidad de Darío se había desvanecido. A Matías le costó comunicarse con él. Intercambiaron mensajes a través de grabadoras. Darío tenía a la madre ingresada en un hospital y no se reunieron hasta un mes más tarde. Como de costumbre, Matías fue a esperarlo frente al edificio del periódico junto a la bahía de Biscayne. Cuando Darío bajó, le notó flaco y ojeroso. También se había desvanecido la alegría de Cuba. En su lugar, mostraba una serenidad, una determinación estoica que se reflejaba en su mirada y en el timbre cálido y voluntarioso de su voz.

—¡Cómo no voy a estar más flaco, si llevo dos meses con mi madre en el hospital, yendo y viniendo sin descanso!

—Supongo que habrás tenido dificultades en tu trabajo.

—No, ellos han sido comprensivos con el horario.

Su madre estaba muy enferma, pero ella le había pedido que la sacara del hospital y la llevara para la casa. Darío la había complacido. Tenía que pagarle a una mujer doscientos dólares semanales para que la cuidara. Después hablaron

de literatura y de sus proyectos. Darío le explicó que la esperanza de dar viajes frecuentes a Cuba, no sería posible, por ahora. También quería cancelar la angustia de publicar en España y el proyecto de una compañía sentimental. Asumiría sin amargura su destino: cuidar de su madre y proseguir su vida de antes. Después de meses sin escribir, Darío se veía a sí mismo escribiendo de nuevo.

—He comprendido que éste es mi destino. En cuanto a mi familia en La Habana, no podré viajar a verlos, ni ayudarlos como quisiera.

Matías ni por un segundo pensó en contrariar un destino asumido con tal resignación. Sintió una vaga pena por Darío, y sonrió.

—Entonces, vuelves a asumir el mito de ese monje de la literatura apartado del mundanal ruido —le dijo con afable ironía—. Me parece bien. Porque temía que, después de promocionar tanto ese mito, me hicieras quedar mal, y el monje se convirtiera en un vulgar tarambana.

El rostro de Darío se iluminó con melancólica sabiduría. Se despidieron, como de costumbre, por tiempo indefinido. En su viaje de regreso a Miami Gardens, Matías contemplaba las farolas, los veloces trazos rojos, anaranjados y amarillos de autos y camiones rodando por las autopistas, en ese derroche obscuro de la posmodernidad. Lo embargaba un complejo estado de cansancio y tristeza. Meditaba sobre la decisión de Darío ¿Resignación? ¡Muy difícil! El abrazo con su padre le había permitido exorcizar, cuarenta años después, el fantasma de su orfandad. A cada hombre le llega el día en que debe abandonar un pedazo de su vida y seguir adelante. Darío había arrojado los sentimentalismos a un lado, y ahora se apretaba el cilicio para luchar por lo único que realmente le importaba: Triunfar en la excelencia de su arte.

Para hacerlo no dudaría en establecer esa regla de oro que, según el personaje de *La página extraviada*, debía gobernar toda relación humana: el talento manda. El artista sólo debe rendirle cuentas a la posteridad. Seguramente ya no perdería su tiempo en mediocridades. El éxito literario, el cortejo de catedráticos, los congresillos de intelectuales, lo esperaban. Matías se lo figuró ocupando su sitio en el *jet set* de las letras, con su cabeza de decano de los desastres y su voz apasionada de predicador, leyendo en el estrado un enjundioso ensayo. Se sonrió malignamente ante este retrato imaginario, y tal vez injusto. Se lo contaría a Darío, seguro de su reacción.

—¡Qué hijo de puta eres, Matías!

Contempló la rauda noche de Miami, una ciudad tan calumniada. ¿A cuántos inmigrantes y fugitivos como Darío no había acogido, abrigado y alimentado? Venían de todas partes en busca de una vida mejor. Tenía poco más de un siglo y ya palpitaba como una moderna Alejandría. Recordó cómo le repudiaban quienes debían estarle más agradecidos: los exiliados cubanos. «Es un potrero asfaltado», dijo uno; «Playa albina»; la bautizó un viejo poeta, y un cubano de paso: «No viviré jamás en una ciudad donde, para visitar un amigo, haya que manejar 50 kilómetros». Exactamente la distancia que él había manejado para ver a Darío, quizá por última vez, esa tarde.